



## Herramientas clínicas en el psicoanálisis de niños

**Virginia Ungar**

Estoy muy contenta de poder conversar con Raúl con quien me unen lazos profesionales y de una larga amistad y espero que también podamos dialogar con todos ustedes.

La invitación a reflexionar sobre la forma y el uso de las Herramientas del Psicoanálisis de niños en esto resulta un desafío que podría sintetizarse con la siguiente pregunta: ¿cuáles son las herramientas que utilizamos los psicoanalistas?, ¿qué compone nuestra caja de herramientas?

En 2015 presenté en el Congreso de la API en Boston un trabajo "El oficio de analista y su caja de herramientas: la interpretación revisitada" (2015).

Allí revisé el concepto de herramientas y recurrí al diccionario de la Real Academia Española que dice que el término "herramienta" está asociado con: (I) instrumento, por lo común de hierro o acero, con que trabajan los artesanos; (II) conjunto de este tipo de instrumentos. Ambas acepciones asocian a la herramienta con un elemento simple, manual y que tiene por finalidad hacer algo, como puede ser un objeto artesanal.

Tratándose del oficio psicoanalítico, no hay nada equivalente al martillo del carpintero o al bisturí del cirujano. Sin embargo, es posible identificar un conjunto de recursos (visibles o no) con los que cuenta el psicoanalista en su caja de herramientas.

En ese momento me dediqué en especial a la interpretación psicoanalítica como herramienta príncipes pero no la única y revisé un material clínico de un niño de 5 años que había tratado 30 años atrás.

Este ejercicio me permitió ver el cambio que se había producido en mí, sobre todo en la formulación de la interpretación que pasó de ser explicativa y un tanto asertiva a algo

más descriptivo, hipotético y al trabajo analítico como algo que es llevado adelante por los dos integrantes de la díada.

No es sencillo determinar cuáles son las herramientas con las que un psicoanalista opera. Sin embargo, sería impensable que pudiera trabajar sin la noción de inconsciente, la de transferencia, el concepto de neutralidad analítica o el de asociación libre.

En el análisis de niños, el juego y el dibujo son las herramientas por excelencia.

La invitación de hoy viene muy al caso ya que en estos últimos años hemos pasado por acontecimientos que han producido un alto impacto tanto en la manera de trabajar como en nuestras subjetividades.

## **Juego y jugar**

Se trata del juego pero más que nada del jugar como bien lo dice el verdadero título del famoso libro de Winnicott *Playing and reality* mal traducido a "Juego y realidad" (1971).

Quisiera recalcar la importancia de la propuesta winnicottiana en relación a diferenciar el *jugar* del sustantivo *juego* pues con esto se remarca el carácter de producción significativa que tiene el juego en sí mismo, actividad que marca el verbo en infinitivo.

Se trata del jugar, de esa capacidad de estar ligados al gesto creativo para una corriente del pensamiento psicoanalítico o al juego como expresión de la fantasía inconsciente según la corriente kleiniana.

Para entrar en el campo del juego tendríamos que remontarnos a la historia de la civilización ya que muchos de ellos nacieron de ceremonias sagradas y rituales. Fue Levy Strauss quien condensó la oposición entre rito y juego: mientras el rito transforma acontecimientos en estructuras y de alguna manera fija hitos históricos en el calendario, el juego transforma estructuras en acontecimientos y en ese sentido, desafía el hito recordado y abre, rompe el tiempo cronológico y se abre a otras producciones.

Personalmente me dediqué en un momento a estudiar el juego en relación con la fantasía y la imaginación, apoyándome en las ideas de Meltzer y las de Castoriadis para pensar al juego como productor, como creador de significado. Muy brevemente como la imaginación produce y no re-produce, el juego produce y no solamente expresa o re-produce. También es cierto que lo que produce el niño que juega imaginativamente es, de alguna manera, a sí mismo, produce subjetividad, para hablar en términos actuales.

En relación al juego de los niños de hoy, debemos aclarar que la noción de infancia y de que quiere decir *niño* depende de la interacción del niño con el contexto y la cultura.



En nuestros tiempos, y aún más, vivimos en el espacio virtual o informático, y mucho más por la pandemia.

Hoy gran parte de nuestras vidas transcurre en este espacio, que los niños y adolescentes habitan con gran naturalidad. Y juegan allí, son espacios de encuentro en geografías diferentes y distantes, lenguajes diversos pero se reúnen y juegan de esa manera.

Cada nueva moda de personajes o historias que aparecen enseguida tienen su versión en juegos virtuales, juguetes, series, páginas.

Por otra parte, no es una realidad y otra realidad, las diversas realidades conviven y no hay necesidad de optar por una u otra. (multiverso)

Dicho esto, tengo que referirme a los tiempos que nos toca vivir para luego referirme a la práctica actual con niños y adolescentes.

## **Pandemia**

Hace ya más de tres años que estamos viviendo en tiempos de *distopía*. La tragedia humanitaria de la pandemia del Covid-19 nos ubicó de lleno en una realidad que sólo podíamos imaginar a partir de la literatura o del cine de ciencia ficción, que no dejaban de traer una cuota de terror.

Para establecer el uso que le otorgo al término *distopía*, parto de la etimología adonde el prefijo *dis* alude a algo que está mal o es difícil, *topos* al lugar mientras que *ia* se refiere a una cualidad.

Según el Diccionario de la Real Academia Española, se trataría de una representación ficticia de una sociedad futura de características negativas, indeseables. Una de las sociedades distópicas más conocidas es la creada por el británico George Orwell en su novela *1984*.

La *distopía* es también un subgénero de la literatura de ciencia ficción que se ha convertido en un éxito entre los jóvenes. Se la considera como opuesto al término *utopía* que hace referencia a una sociedad soñada, ideal, que suena perfecta pero que conlleva características que la hacen imposible de implementar. Una *utopía* es casi un sueño, algo que anhelamos pero que realmente no existe.

A comienzos del 2020, la irrupción brusca e inesperada de un virus altamente contagioso y con efectos desconocidos hasta ese momento sobre la salud de los humanos como lo es el Covid-19, cruzó rápidamente fronteras y se transformó en una pandemia. Esta terrible tragedia humanitaria hizo visible el fracaso del sistema económico que predomina en el mundo. Las inequidades, las desigualdades en términos del acceso a la educación y



a la salud, la xenofobia, el racismo y la violencia contra la mujer y los niños se han hecho más evidentes.

Hemos aprendido a convivir con la incertidumbre. Siempre lo hemos hecho, pero gracias a los poderosos mecanismos de defensa que utilizamos negábamos esta condición junto con nuestra fragilidad.

Por otra parte, lo viral ya es parte de nuestro ambiente como las redes pero desde hace dos años, la metáfora se convirtió en realidad.

Otro punto importante: *la noción de tiempo* con que nos manejábamos tanto en nuestra vida cotidiana como en nuestra práctica clínica ha sufrido cambios. Estábamos muy acostumbrados a pensar en términos de continuidades, de procesos, de desarrollos y de evolución. Pero hemos vivido una realidad que llegó de manera súbita caracterizada por la ruptura de las continuidades.

En estos tres últimos años hemos leído también con mucha frecuencia la cita de Hamlet en la que Shakespeare le hace decir: *the time is out of joint* (que se puede traducir como "el tiempo está desquiciado, dislocado, fracturado"). Esta cita ya había sido tomada antes por pensadores de la talla de Deleuze y Derrida.

Estas palabras se han citado a menudo porque se ajustan a la descripción de una vivencia traumática, una genuina disrupción ante la irrupción de la amenaza de un virus que trajo un temor al contagio y a la muerte, políticas de aislamiento y de privación de contactos personales, de encierro y por lo tanto de inmovilidad.

Se han visto los efectos tanto del miedo a morir como los de su negación que han llevado a nivel colectivo y en algunos lugares a políticas de negacionismo con un resultado muy triste.

El efecto en la salud mental ha sido tremendo y seguimos viendo las consecuencias en nuestra práctica cotidiana.

## Y ahora la guerra

Hace ya más de un año que se produjo la invasión rusa a Ucrania. Esta circunstancia nos dejó a todos desconcertados, pendientes de las noticias, pegados al televisor y a los portales de internet que mostraban sin cesar imágenes de destrozos, pérdidas de hogares, desplazamientos de niños y mujeres. El hecho de ser espectadores aún a la distancia de estos horrores, nos convierten en testigos de la destructividad del humano puesta en acto.

Es indudable que estos no son escenarios nuevos y además, nos ofrecen la posibilidad de evocar terribles y devastadores hechos de la historia.

La crisis mundial de la pandemia, a la que se agregó la amenaza que implica una guerra que parece haber tomado estado crónico y que nos refuerza la experiencia de convivencia con la incertidumbre ha generado y seguirá produciendo efectos profundos en los procesos de subjetivación.

Ya se están produciendo los efectos tan temidos de una guerra: además de las muertes, se aumentan los desplazamientos de miles de personas que huyen y buscan asilo en países cercanos o muy distantes de sus lugares de origen.

El otro gran conflicto que se entrelaza irremediabilmente con el de las migraciones forzadas es el del cambio climático que merece llamarse ahora, una tragedia climática.

### **Volviendo a la incertidumbre en la práctica clínica con niños y adolescentes**

Las nociones de permanencia y de certezas (incluso siendo siempre relativas) se han vulnerado. Janine Puget (2015), quien trabajó este tema desde hace muchos años hace la firme propuesta en su libro de 2015 de "elevar la incertidumbre a la categoría de principio regulador: es previsible que suceda lo imprevisible". De esta manera, "el Principio de Incertidumbre establece una diferencia entre la incertidumbre como término coloquial y su lugar en el cuerpo teórico".

En la práctica psicoanalítica, este principio nos conecta con la fragilidad de nosotros mismos y de nuestros vínculos, con lo efímero e ilusorio de nuestras firmes creencias así como la noción de propiedad sobre las cosas materiales. Basta mencionar un ejemplo de cambio radical en la continuidad del devenir entre generaciones. Con los cambios en la tecnología, los niños y los jóvenes se han convertido en cierto punto en nuestros maestros en ese campo.

La pandemia agregó una dolorosa realidad: los niños comprendieron más rápidamente que los adultos, que ellos podían ser los vectores del contagio y así, tomaron contacto de manera muy temprana con el hecho de que debían cuidar a los mayores con un trasfondo de miedo a resultar culpables de la muerte de ellos, algo que en una edad temprana resulta muy difícil de tolerar. Así vimos un aumento en las presentaciones clínicas en niños y adolescentes de cuadros de crisis de angustia, trastornos del sueño, de la alimentación, de fobias agudas y de negativa a salir de sus viviendas.

El pasaje de la noción de un tiempo cronológico que establece continuidades y promete caminos predecibles a la noción de un constante devenir va a abrir con seguridad nuevos interrogantes.



La práctica analítica ha tenido cambios en estos últimos años. Hoy no hay dudas de que el encuadre ha cambiado en varios aspectos y para esto solo basta mencionar el hecho de que hemos estado trabajando online en muchos casos y por relativamente largos tiempos, llevados a esto por los protocolos de cuidados durante la pandemia. Y sabemos que esta modalidad persiste y es un campo de debate en el psicoanálisis de API en este momento.

Al tener que trabajar en la virtualidad los adultos hemos tenido la paciencia de afrontar la revolución del conocimiento que implicó que ellos nos enseñan a nosotros acerca de uno de los mundos que habitan con sus juegos, intercambios y vida cotidiana: el de la realidad virtual o digital.

Los analistas de niños y adolescentes afrontamos este hecho e hicimos grandes esfuerzos para trabajar en análisis de niños y adolescentes y lo logramos.

Personalmente, yo estoy razonablemente convencida de que podemos ayudar especialmente a los niños y a los adolescentes a poner en juego su propia fuerza, su empuje y cuanto más pequeños son, esa increíble capacidad de observación con la que nacemos y que vamos perdiendo a cada paso como una especie de "peaje" que el ingreso a la cultura nos pide.

En esta actitud, la de utilizar nuestra experiencia sobre el funcionamiento mental en términos de pulsiones y sus vicisitudes, las nociones sobre la mentalidad grupal y una voz presente en los momentos en que los impulsos de violencia, xenofobia y destructividad predominan, creo que radica la clave tanto de la permanencia como de la expansión del Psicoanálisis.

---

**Virginia Ungar:** Médica psicoanalista, miembro titular didacta de la Asociación Psicoanalítica de Buenos Aires. Especialista en psicoanálisis de niños y adolescentes, ex coordinadora de COCAP de la IPA y del Comité para una formación Integrada de la IPA. Recibió el Premio Konex de Platino en Psicoanálisis 2016. Ex Presidenta de la Asociación Psicoanalítica Internacional.

## REFERENCIAS

- Puget, J. (2015). *Subjetivación discontinua y psicoanálisis: incertidumbre y certezas*. Buenos Aires: Lugar.
- Ungar, V. (2015). El oficio del analista y su caja de herramientas: la interpretación revisitada. *International Journal of Psychoanalysis en Español*, 1:663-682.
- Winnicott, D. W. (2005). *Playing and reality*. London: Routledge. (Trabajo original publicado 1971)